

Construcción de la etnicidad y transformaciones del Estado en Chiapas

**José Luis Escalona Victoria
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad Autónoma de Chiapas**

**Ponencia para el Congreso de LASA
Chicago, Illinois. USA
Septiembre de 1998
VERSIÓN PRELIMINAR**

¿Cuál es la dinámica del imaginario sociopolítico en Chiapas, en el contexto de la crisis del estado postrevolucionario en México?. En esta ponencia se propone examinar algunas tendencias de esta dinámica, en particular lo relacionado con la construcción de la etnicidad. Se propone que esta dinámica parece reproducir visiones heredadas de la lucha entre las mediaciones postcoloniales y la formación del estado portrevolucionario.

I

No es difícil encontrar, en trabajos de amplia difusión, una explicación de los acontecimientos de Chiapas que se base principalmente en el argumento de la “rebelión indígena”, argumento de amplia aceptación en los parámetros de la imaginación sociopolítica. Sin embargo, un examen más preciso de la construcción de “lo indígena” en la actual situación, plantea más preguntas que respuestas. En primer lugar, se sabe que “lo indígena” o “lo étnico”, ha estado presente en la imaginación política en México desde el periodo postcolonial. Se podría proponer incluso que la historia política del Chiapas de los siglos XIX y XX ha sido la historia de las relaciones y conflictos entre dos formas de mediación política.

Por un lado, se puede hablar de una herencia colonial reconstruida, en particular en las relaciones de servidumbre agraria en lo que se conoce como la finca chiapaneca (García de León 1985; de Vos 1994) y las relaciones entre los nacientes gobiernos y los pueblos de indios (Wasserstrom 1989 <1983>, Favre 1990 <1971>, de Vos 1994). Tanto la diferenciación indio-ladino, como la organización de lo sagrado en una jerarquía dominada por la Iglesia Católica, servían para representar la configuración de relaciones de poder en el mundo postcolonial.

Por otro lado, se puede hablar de mediaciones que se construyeron como parte de la expansión del mercado a fines del siglo XIX y especialmente de aquellas que se crearon como parte de la formación del estado postrevolucionario. En particular, la reforma agraria y el indigenismo tuvieron una importancia central en esta dinámica sociopolítica.

En algunos trabajos se dice que entre estas dos formas de mediación no necesariamente ha habido un conflicto, y que la reforma agraria y el indigenismo tuvieron un papel contradictorio en esta historia política, pues no rompieron con la configuración sociopolítica

previa, sino que se acomodaron a ella. Se habla por ejemplo, de una reforma agraria selectiva, que no dañó el sistema de fincas en lugares importantes, o de un indigenismo que sólo substituyó a los grupos locales por otros grupos en el control de la mano de obra de los pueblos para su reclutamiento en las fincas, o en el control del gobierno local. En ese sentido, Favre habla de un “segundo sistema colonial” (Favre 1990 <1971>). Incluso, se habla de zonas a las cuales la “revolución” aún no había llegado muy adentrado el siglo XX.

Sin embargo, esas medidas políticas tuvieron otros resultados, especialmente en términos de la reconstrucción de lo indígena o lo étnico en el imaginario sociopolítico. En varias etnografías sobre pueblos de Chiapas, por ejemplo, se habla de la diferenciación indio – ladino en términos de oposición: los primeros, aparecen como rurales, iletrados, de bajo nivel escolar, ligados a la tradición, atrasados y pobres; los segundos, como urbanos, letrados y con experiencia escolar, ligados a la “cultura nacional” y en una posición económica y política más ventajosa (por ejemplo, Villa Rojas 1990 <1942-43, 1946>, Colby y van den Berghe 1966). En estos trabajos se planteaba que esa oposición tenía su base en una diferencia “cultural”, y de distintas maneras varios antropólogos se pronunciaban por la superación de esa situación y a favor de la “aculturación”, como lo planteó Aguirre Beltrán en repetidas ocasiones (romper las relaciones de castas e integrar al indígena a una sociedad de clases). El indigenismo, a través de medidas como la formación de escuelas, maestros y profesionistas indígenas, de proyectos productivos y de recuperación del gobierno municipal para los indígenas, pretendió alcanzar ese fin. En varios pueblos se formaron grupos locales relacionados con esta intervención gubernamental, grupos que en algunas ocasiones enfrentarían las relaciones previas de poder.

Hasta los años setenta la historia política parece estar orientada por esa dinámica. Es en ese contexto en el que al parecer se formaron también algunas organizaciones de “campesinos”, de “obreros agrícolas” y, más adelante, de “indígenas”, con demandas de mayor reparto agrario, más servicios gubernamentales y mayores espacios oficiales para la participación indígena. Además, a partir de esos años se incrementó la presencia gubernamental a través de las grandes obras hidroeléctricas y de la exploración de los yacimientos petroleros en el estado, además de la promoción de la colonización de la selva del oriente de esta entidad. Sin embargo, en la última década del siglo XX la transformación del estado ha implicado una reorientación de la política “campesina” e “indígena”, como parte del alejamiento del estado de las formas políticas propias de la postrevolución.

Así, la construcción de lo étnico ha pasado por diversas etapas y ha adquirido por tanto diferentes sentidos. Por un lado, se produjo en el siglo XIX una imagen dominante de la dinámica social en Chiapas a partir de la diferenciación indio – ladino, en la cual lo indígena era construido como polo subordinado en ese imaginario. Por otra parte, algunos investigadores sugieren que es en esas condiciones que hubo una reconstrucción de lo étnico en experiencias particulares, incluyendo la rebelión en el caso de Chamula en 1869. De Vos dice que los siglos XVI y XIX son críticos para ello (de Vos 1994); Wasserstrom, por ejemplo, ubica en el siglo XX la construcción del sistema de cargos en los Altos de Chiapas y la del sistema de patrilinajes en el pueblo de Zinacantan (Wasserstrom 1989 <1983>), como respuestas particulares a las circunstancias históricas (el retiro de la iglesia católica y

la amenaza sobre las tierras de los pueblos). Mientras, algunos otros pueblos, ubicados en zonas más atractivas para la agricultura comercial, fueron refundados como pueblos “ladinos”, como fue el caso de Comitán, Soyatitán y Teopisca, en la parte sur de la región de Los Altos.

En el periodo postrevolucionario otras mediaciones incidieron en la construcción de lo étnico, ahora como subordinado a lo nacional-mestizo en el imaginario sociopolítico dominante. Paralelamente, también se dieron reconstrucciones particulares en algunos pueblos, como la formación de grupos de poder local ligados a las intervenciones del gobierno federal. El caso de Chamula, referido por Rus como la “comunidad revolucionaria institucional”, es un ejemplo de este proceso (Rus 1995).

Finalmente, el pretendido retiro del estado en el ámbito del indigenismo y de la política agraria postrevolucionarios ha generado nuevas condiciones de construcción del imaginario político, en particular de lo “indígena” o lo “étnico”. Al parecer, ese proceso se encuentra abierto y se produce sobre la base de diversas experiencias; al mismo tiempo, la discusión sobre lo étnico parece estar aún dominada por el imaginario heredado de la historia postcolonial y postrevolucionaria.

II

Se podría pensar que existe un imaginario dominante acerca de lo indígena hasta los años setentas, vinculado a la formación del estado-nación, y que la transformación paulatina del estado postrevolucionario ha ido produciendo en Chiapas un replanteamiento de lo “indígena” en el imaginario sociopolítico, en particular después de 1994.

Ya desde los setentas, hubo nuevos programas gubernamentales de formación de intelectuales indígenas, especialmente de maestros bilingües, y de un sistema de educación bilingüe y bicultural; asimismo, se crearon programas de “rescate” y “conservación” de la “cultura indígena”, con la denominación de “culturas populares”. En el gobierno estatal, entre los años de 1994 y 1997, se produjo una política especial para las casas de la cultura en zonas “indígenas”; diferente a aquella orientada a las casas de la cultura en zonas “mestizas”. Paralelamente, se revitalizaron instituciones del gobierno estatal abocadas a las relaciones entre las autoridades estatales y los “pueblos indígenas”, como la Secretaría de Atención a los Pueblos Indios (antes Subsecretaría de Asuntos Indígenas) y una sub-Procuraduría de Justicia Indígena. En el caso de las casas de la Cultura, se venía buscando la participación directa de indígenas en la definición de los proyectos de talleres de artesanías, música y literatura, así como en la creación de museos y de tiendas de artesanías. Además, se ha buscado la participación de intelectuales indígenas dentro de estas instancias burocráticas, en particular en la SEAPI, abocada desde 1994 a tratar como primera instancia los llamados “conflictos intercomunitarios”. Finalmente, se ha dado reconocimiento a una instancia judicial en Zinacantan, los llamados juzgados indígenas, con base en el reconocimiento de la especificidad de un “derecho indígena” que, se dice, busca la reconciliación más que el castigo y promueve acuerdos con mayor eficacia que las instancias judiciales “externas”.

Paralelamente, y muchas veces dentro del contexto de estas instancias, el gobierno ha mantenido relaciones con grupos que dentro de los municipios indígenas han construido un discurso de defensa de la cultura, de la “costumbre” o “tradición”. Este discurso sobre la cultura, además, ha sido producido como parte de luchas violentas entre grupos, luchas que tiene su origen en los cambios vividos en estos pueblos en los últimos treinta años. Es en ese contexto que la adscripción religiosa y partidista se han insertado en los discursos de defensa de la cultura y, por tanto, en una de las tendencias en el proceso de construcción de la etnicidad.

Este tipo de proyectos no ha sido exclusivo del gobierno. Muchas organizaciones no gubernamentales y algunas instituciones de investigación en diversas áreas de la ciencia han seguido una vía similar, aunque promoviendo relaciones distintas entre los “indígenas” y el mercado o las organizaciones internacionales. Desde los años ochenta se han formado diversas organizaciones de “artesanos”, y especialmente de “artesanas”, cuya labor es la de canalizar productos indígenas hacia el amplio mercado de la artesanía. Muchas organizaciones logran meter sus productos en el mercado externo, pero la mayoría realizan sus mercancías en el mercado local ligado al turismo. Algunos productos agrícolas, como el café o la miel, han sido también promovidos en el mercado mundial bajo siglas de organizaciones indígenas, lo cual permite una colocación ventajosa del producto. Por otro lado, esa imagen ha facilitado el acceso de las organizaciones a recursos ofrecidos por agencias financieras y por organizaciones internacionales.

Un caso paralelo es el de la formación de asociaciones y grupos de escritores en lenguas indígenas, cuyo trabajo ha estado orientado a la promoción de la lengua escrita. Se han generado concursos de poesía, cuento, literatura infantil, mitos y leyendas, tradiciones, historia oral y fotografía; además, se ha promovido la publicación de trabajos en lenguas indígenas y la producción de diccionarios. La producción literaria en la que participan muchos profesionistas indígenas (como en el caso del recién fundado Centro Estatal de Lengua, Arte y Literatura Indígenas) ha llevado en ocasiones también, como en el caso del discurso del rescate o defensa de la cultura, a discusiones sobre la “autenticidad” y la “pureza” de la lengua y de la cultura.

Finalmente, también existen organizaciones políticas “indígenas” que han producido, dentro y fuera de los partidos políticos, liderazgos que han logrado llegar a las presidencias municipales y a las cámaras de diputados federal y estatal. Por su parte, las mismas iglesias han reclutado a diversos indígenas como parte de su organización, como catequistas, pastores, maestros o predicadores que compiten en un cada vez más complejo mercado de feligreses.

Así, diversas variantes del discurso sobre la autenticidad y la pureza, sobre la defensa y rescate de la cultura, se producen en distintos escenarios y para diversas finalidades. Parece que lo étnico no se define de una forma unívoca y que implica, más bien, una fragmentación. ¿Qué es lo que podría explicar esta fragmentación?. Aquí se propone que los diversos procesos de construcción actual de lo étnico parecen implicar diversos procesos de

objetivación de lo indígena, a través de la construcción de símbolos de etnicidad que van desde una fotografía hasta un mito escrito e impreso en alguna variante lingüística regional, desde una blusa bordada hasta una imagen de bulto de un santo patrono. Además, se propone en este trabajo que esa objetivación se está produciendo como parte de las relaciones emergentes, tanto de aquellas vinculadas con las transformaciones del estado, como de las conexiones del mercado transnacional, especialmente las relacionadas con el turismo.

III

La construcción de lo étnico aparece así como un proceso fragmentado, y esa fragmentación parece corresponder al contexto en el que este discurso étnico se está produciendo. Por un lado, como ya se había propuesto, hay ciertas características sociodemográficas y de las relaciones económicas que podrían incidir en la dinámica del imaginario político. Así, el aumento de la densidad de población se ha conjugado con el fin de la frontera agrícola en el estado y con las limitadas alternativas económicas. La presión sobre los recursos podría estar relacionada con los conflictos “religiosos” y “partidistas” que se han generado en diversos pueblos de los Altos de Chiapas; están vinculados, igualmente, a la migración creciente hacia las ciudades cercanas (Comitán, San Cristóbal, Tuxtla Gutiérrez, aunque también a varias cabeceras municipales en la zona central de Chiapas) y también hacia las zonas de contratación de mano de obra, como la zona turística del estado de Quintana Roo. En la ciudad, los transportistas y comerciantes han crecido en número con esta migración, lo mismo que los cuerpos policiacos y algunos de seguridad privada, como los que cuidan los locales comerciales de los portales, en la plaza de San Cristóbal. Por otro lado, el turismo, como la mayor industria del servicio en la zona, ha reclutado mano de obra entre esta población y ha empleado, al mismo tiempo, la imagen indígena de Chiapas como parte de su oferta (dirigida principalmente al turismo extranjero).

Por otra parte, el hecho de que la formación del estado postrevolucionario haya alcanzado su límite y sus instituciones se estén reorientado hacia lo que se ha llamado un estado “neoliberal” también incide en ese proceso de construcción de lo étnico. La incapacidad de las instituciones gubernamentales para cubrir una demanda de bienes y servicios (que durante muchos años sirvieron de vínculo entre los gobernantes y diversos grupos) ha abierto un espacio en el que organizaciones civiles, partidos e iglesias (con agentes reclutados entre las clases medias urbanas o entre profesionistas no incorporados a los órganos gubernamentales) construyen un imaginario de participación política a través proyectos de seguridad y desarrollo social. En este ámbito se han producido dos perspectivas extremas, perspectivas que se expresaron claramente en las discusiones tenidas en las mesas de diálogo de San Andrés Larráinzar. Un polo de opinión era el de aquellos que proponían hacer más eficiente al “estado”, es decir, promover que se ampliara y mejorara la actividad de las instituciones ya existentes de salud, educación, vivienda y, en general, de bienestar social; el otro polo proponía que la “sociedad civil organizada” debería desplazar al “estado” en sus funciones. En esos dos extremos, y como parte de la discusión misma, lo étnico adquiriría una imagen doble: la del sector desfavorecido y la de la ciudadanía emergente (de la Peña 1994).

IV

En este trabajo se propone que en el debate sobre lo étnico es necesario considerar que su construcción, junto con la del estado y la nación, tienen diversas implicaciones, como lo muestra la historia postcolonial y postrevolucionaria. En la actual situación, la construcción de lo étnico tendría que ser examinada a partir de su relación con las circunstancias ya señaladas, es decir, con la nueva competencia en el mercado y en la política. Por otra parte, su construcción no es unidireccional ni es exclusiva de alguna tendencia política; más bien, lo étnico aparece en la actual situación como una arena de disputa.

La pregunta que podría resultar más importante es ¿por qué se piensa esta situación en términos étnicos?. En este sentido falta una más abierta discusión. Para esa discusión propongo un argumento. Los investigadores que hablaron de la diferenciación indio – ladino, en los términos ya referidos, parecen haber reproducido (sin problematizarla) una visión dominante sobre las mediaciones en el Chiapas de la postrevolución y sobre la necesidad de transformar esas mediaciones. En particular, eso ocurría al momento de definir la diferenciación indio – ladino como una diferenciación “cultural”. Es probable que algo semejante pudiera estar pasando hoy. Es decir, las explicaciones actuales sobre la situación de Chiapas pretenden dar cuenta de ella utilizando la lógica del discurso y de la imaginación que surge de la situación misma. Eso implica, por supuesto, cierto compromiso político; pero, también podría significar la reproducción del imaginario sociopolítico dominante. Sería posible, incluso, que la imaginación sociopolítica emergente tuviera más que ver con la historia de los siglos XIX y XX, es decir, con la historia postcolonial – estatal de las mediaciones, que con la explicación de las condiciones actuales de producción del imaginario étnico.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Beltrán, Gonzalo 1967

Regiones de refugio. México, INI

Anderson, Benedict 1993

Comunidades imaginadas. México, FCE

Colby, Benjamin y Pierre van den Berghe 1966

“Relaciones étnicas en el sureste de México”. En Evon Z. Vogt. **Los Zinacantecos.** México, INI.

De la Peña, Guillermo 1994

“Etnicidad, ciudadanía y cambio agrario: apuntes comparativos sobre tres países latinoamericanos”. Ponencia presentada en el XVI Coloquio del Colegio de Michoacán: Las disputas por el México Rural. 16 – 18 de noviembre de 1994

De Vos, Jan 1994

Vivir en Frontera. México, CIESAS

Favre, Henry 1992 <1971>

Cambio y continuidad entre los mayas de México. México, INI - CONACULTA

Favre, Henry 1998

“El estado neoliberal y los indios en América Latina” Conferencia presentada en la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas. 3 de septiembre de 1998

García de León, Antonio 1985.

Resistencia y Utopía. México ERA

Gledhill, John 1998

“La dialéctica región-centro-nación al fin de siglo: poderes regionales, poderes transnacionales y transformación del estado”. Conferencia presentada en el Colegio de Michoacán. 6 de agosto de 1998

Rus, Jan 1995

“La comunidad revolucionaria institucional: la subversión del gobierno indígena en los altos de Chiapas. 1936 1968”. En Juan Pedro Viqueira y Mario H. Ruz (editores) 1995. Chiapas, los rumbos de otra historia. México, UNAM – CIESAS – CEMCA – UdG. Pp. 251-277.

Villa Rojas, Alfonso 1990 <1942 - 1943, 1946>

Etnografía tzeltal de Chiapas. Modalidades de una cosmovisión prehispánica. México, Gobierno del estado de Chiapas.

Wasserstrom, Robert 1989 <1983>

Clase y sociedad en el centro de Chiapas. México, FCE